

De actualidad



# Lo más grave de todo

Otra vez más ha sido víctima un inocente de lo que la Prensa llama ligereza, imprudencia, precipitación y algunos equivocación de un agente armado de la autoridad, o de un agente de la autoridad armada. Lo mismo que ligereza, imprudencia, precipitación o equivocación, podría llamársele torpeza. Y mejor acaso indisciplina. Porque tal como hemos leído el relato del hecho, parécenos éste un acto de verdadera indisciplina social, de incivilidad.

Claro está que esto puede ocurrir en cualquier corporación por bien disciplinada, por civilmente disciplinada que esté. Pero lo más grave no está en el hecho; lo más grave puede estar en lo que le siga, en que no se le ponga, otra vez más, remedio, en que otra vez se acuda al falseamiento de la verdad para poner a salvo eso que llaman el prestigio de la autoridad los que la están desprestigiando.

Ya en la nota oficiosa del jefe del agente al parecer indisciplinado e incivil —según lo que se cuenta— aparece la incoación del procedimiento que está desprestigiando a nuestros institutos armados. Que no es el que con lamentable frecuencia se excedan, aunque sea por ignorancia y de buena fé, sino el que luego tratan de justificar esos excesos falseando la verdad de los hechos.

Hace diecisiete años largos, en esta ciudad en que escribimos, fueron muertos dos estudiantes por la indisciplina de agentes de la autoridad armada, y uno de aquéllos estando tras de una ventana cerrada. Pero lo más grave no fué esto. Lo más grave fué que al que escribe estas líneas se le mandó por el ministro, su jefe, hacer desaparecer la prueba palpable, clara, de que la descarga se hizo contra un aposento que tenía sus ventanas cerradas, y la prueba eran las vidrieras con agujeros de

bala de maüser. Lo más grave fué que se inventó una previa agresión que no había existido; lo más grave fué que algunos agentes se indisciplinaron contra la verdad. Y si se nos dijera que fueron capaces hasta de causarse a sí mismos erosiones, lo creeríamos. Y lo creeríamos porque sabemos hasta donde llega la demencia incivil de los que creen que se puede salvaguardar prestigio alguno no respetando el de la verdad.

Posteriormente para poner otra vez a salvo ese bochornoso prestigio —que mantenido eso no es más que un bochorno— se ha afirmado en un fallo que no murió de bala de tal clase —la que fuere— uno a quien se le enterró con la bala y sin haberle hecho la autopsia. Lo que se ha denunciado públicamente, y como si no.

Y todos estos atropellos a la verdad, más graves que aquellos otros que de tal modo se trataba de amparar, forman en esta España de conservadores y liberales "idóneos", y sus similares —incluyendo entre éstos a los inventores del mote de la "idoneidad"— un borrón-montaña que impide toda acción desembarazada de la justicia. Una pirámide de mentiras nos cierra el paso a la civilidad y a la libertad y a la justicia.

No nos hartaremos de repetir que el despotismo, que es el régimen de la clandestinidad, del secreto, del falseamiento de la verdad y hasta de la mendacidad oficial descarada, es mucho peor que la tiranía o régimen de violencia y de fuerza. No nos duele tanto el pisotón que nos pueda dar un bárbaro cívico y franco cuanto la mentira con que trata de justificar el suyo otro no tan bárbaro pero peor que él.

Veremos lo que de esta última desgracia resulta, pero estamos escamados ya de otras. Además, el gabinete actual cuenta en su seno a un exquisito técnico de la adulteración

artificiosa de la verdad. Y no es la veracidad, sin duda alguna, la característica cardinal de los que hoy hacen como que nos gobiernan. Aparte de que aún cuando, por un milagro, quisieran que resplandeciese, en esto como en todo, la verdad, faltaría ver si se lo dejaban.

Y esto, lector, es lo más grave que hoy pasa en España, esto es lo que nos pone al margen de la civilidad y de la civilización verdaderas. Esto y no las torpezas o errores de los que mandan y de sus agentes. De aquí, del uso oficial de la falsedad,

viene el desprestigio del principio de autoridad, de aquí la indisciplina. Cuando el que manda al equivocarse miente para cubrir su equivocación, no puede esperarse orden.

Y esto, lector, es más importante que la tasa del trigo, y la de los alquileres, más que las tarifas ferroviarias, más que la emigración; esto es lo más importante, lo más grave de lo que pasa en España.

Carducci llamó a los conservadores de todo tiempo —"d'ogni tempo"— "insolentes, villanos y desvergonzadamente triviales". Pero hay algo peor, y es ser desvergonzadamente embusteros. El peor Gobierno es el que trata de encubrir los tropiezos —a las veces inconscientes— del Poder público y de sus agentes con el falseamiento consciente de la verdad. Esto no tiene remedio.

MIQUEL DE UNAMUNO

